

Editorial

Regresar a nuestra lengua

Guillermo Jaim Etcheverry,

Rector de la Universidad de Buenos Aires

La celebración del cuarto centenario de la publicación del Quijote brinda la posibilidad de meditar acerca de la singular importancia que adquiere el lenguaje en nuestra construcción como personas. Por eso, resulta preocupante que uno de los signos más peligrosos de la situación actual sea el proceso sistemático de demolición del lenguaje al que asistimos indiferentes cada día. Las imágenes televisivas se acompañan, por lo general, por el balbuceo de los nuevos y poderosos educadores electrónicos que construyen el interior del espectador-niño. Omnipresentes, se caracterizan por emitir frases incoherentes y utilizar un léxico cuya alarmante limitación no hace sino reflejar interiores devastados por una educación empobrecedora. Estos nuevos maestros recurren permanentemente a la grosería, no ya para escandalizar, sino porque carecen de un vocabulario más amplio y sofisticado. Chicos y grandes estamos siendo educados por ignorantes que, para peor, viven en una feliz inconsciencia porque ni siquiera saben que no saben. Lo grave es que nos estamos acostumbrando aceleradamente a aceptar esta situación como normal.

El rescate del lenguaje adquiere hoy una significación profunda porque está ligado a la defensa de nuestro interior. Por eso, tal vez la contribución más importante que podrían hacer los medios de comunicación a la educación y a la cultura resida también en algo simple: hacer bien lo que hacen. Lograr, por ejemplo, que cada una de las personas que se enfrente a un micrófono o a una cámara de televisión se exprese correctamente, utilizando frases completas, recurriendo a un vocabulario rico.

Felizmente, es amplio el consenso social acerca de la necesidad de garantizar la libertad de expresar todas las ideas, de informar sobre todo lo que sucede, de difundir las opiniones vertidas desde todas las perspectivas. Pero tal vez haya llegado el momento de discutir si es posible dejar que, bajo la protección de esa libertad de expresión que no dudamos en preservar, se contamine aviesamente nuestro paisaje íntimo con conductas escandalosas, con una permanente apelación a lo peor y, sobre todo, utilizando desde el aula electrónica un lenguaje paupérrimo. Así como nos preocupamos por la calidad del medio ambiente en el que habitamos o de los alimentos que ingerimos, deberíamos prestar más atención a la nobleza de los alimentos del espíritu.

Cuando se rediscute el papel que en el ámbito de las comunicaciones corresponde al Estado, sería importante que se comprendiera que éste, en nombre de todos, debería constituirse en custodio no sólo de la libertad de expresión sino también de

la calidad de expresión. Debemos advertir que, así como el planeta corre graves riesgos físicos si no actuamos para evitar la contaminación ambiental, similares peligros acechan a la naturaleza humana si persistimos en contaminar el interior de nuestros jóvenes con lo peor de que es capaz el ser humano. Además, lo exponemos en una jerga que implica un claro retroceso en la evolución cultural. Como hemos dicho, privar a las personas de palabras equivale a escamotearles la capacidad de pensarse, de pensar el mundo y de expresar esas ideas, rasgos esenciales de la construcción de lo humano.

El despojo al que sometemos a las nuevas generaciones resulta aún más grave en momentos en que la escuela sufre fuertes presiones para desertar de su misión de mostrar que existen otras realidades, que hay otras alternativas. La educación constituye la herramienta esencial para amueblar ese espacio interior, para cimentar la ciudadanía, para permitir que germinen la libertad y la grandeza, lo que no sucede en un pueblo ignorante y esclavo. Tradicionalmente se ha considerado a la escuela, entendiéndola por ella a la totalidad del amplio espectro de la experiencia educativa institucionalizada, como la educación formal. A la luz de innumerables estudios, ya deberíamos abandonar este criterio porque hoy es la televisión la que educa a la gente.

Si se pierde esa instancia única, que hoy proporciona la escuela, de dotar a nuestros niños y jóvenes de las herramientas intelectuales que les permitan comprender el mundo complejo que nos rodea, se pondrá en serio peligro el futuro de la civilización. La escuela debería ser vista como el lugar de resistencia de lo humano.

Porque, a pesar de todo lo que se diga, la materia prima de la escuela no es la última información. Es la adquisición de marcos de referencia, del andamiaje básico que permita interpretar y manejar críticamente esa información. Hoy, cuando sin resistir y sonrientes nos entregamos al opresor que nos va ocupando con la cultura del burlesco, el hecho de volver nuestra mirada hacia el Quijote nos debería alertar acerca del poder de imaginación y de evocación que se cifra en la palabra, esa que hoy estamos abandonando a su suerte sin que parezca afectarnos.